

INCIARTE, FERNANDO

*Cultura y verdad*. Edición de Lourdes Flamarique, EUNSA, Pamplona, 2016, 339 pp.

Lourdes Flamarique se ha ocupado durante los últimos años del legado de Fernando Inciarte, un pensador brillante al que se puede dedicar el mejor de los elogios: buscó incansablemente la verdad y pensó hasta las profundidades más “abismáticas”. El objetivo de esta nueva publicación es, en palabras de la editora, “mantener vivo su compromiso con la filosofía, tal como él hizo hasta el último aliento” (p. 9).

*Cultura y verdad* consta de dos ensayos distintos. El primero titulado “Qué y cómo o sobre objetivismo y subjetivismo en el arte y su relación con diversas formas de vida”; y el segundo, “Fe y razón: sobre subjetivismo y objetivismo en la filosofía”. En el primer ensayo, narración y erudición se imbrican formando un escrito muy genuino. Este estilo obedece, sin duda, a la presencia de preguntas que interpelan de verdad al autor. En otras palabras, la virtud de este sugerente ensayo reside en que es fruto del “desgarramiento interior” del autor (p. 65 y p. 67). De ahí que, de modo ciertamente velado, Inciarte se desdoble en un narrador (llamado “nosotros”) que reflexiona sobre lo que le pasa a “nuestro hombre” (cfr. *Prólogo* de José Antonio Millán Alba, p. 13).

¿Y cuál es el conflicto? ¿Qué le pasa a nuestro hombre? “[A] él no le gustaba ser cristiano (...) porque consideraba que eso era incompatible con ser artista” (pp. 27-28). “Pero lo era”. Él, tras pausadas lecturas del Evangelio, se da cuenta de que el cristianismo condena de modo muy contundente el mundo. A partir de este hecho, sus tendencias de artista, su amor al mundo, la cultura y el arte — muchas veces explícitamente anticristiano o, desde luego, carente de “utilidad religiosa” (p. 31)— se rebelaban contra sus creencias. Sin embargo, el cristianismo de nuestro hombre es profundamente vivido, tanto que “su desgarramiento interior (...) no era una lucha contra Dios. Lo que temía él era llegar algún día hasta (...) el extremo de decidirse por el mundo punto y aparte” (p. 67). No quiere renunciar al mundo ni a Dios, aunque de cuando en cuando le den “arrebatos cristianos” (p. 67), o arrebatos artísticos.

Entender el conflicto de este ensayo es fundamental para comprender su rumbo. Al principio de *Cultura y verdad*, desfilan personajes cuanto menos curiosos: arameos monofisitas, nestorianos y, sobre todo, bizantinos. Tras estos, Inciarte reflexiona sobre *A Portrait of the Artist as a Young Man* de James Joyce, en quien nuestro hombre se ve reflejado (cfr. p. 66). ¿Qué significa la presencia de estos personajes en un libro sobre verdad y cultura? Sabemos que nuestro filósofo busca dilucidar si “[e]s posible un trato con el arte y la cultura que redunde en beneficio del arte de vivir” y si “[n]ecesita el arte de vivir del arte sin más” (p. 61). Para responder estas preguntas, para saber si la actitud del cristiano deber ser la del arameo —ni hacer teología ni disfrutar del arte—, o si hay un modo real en que el cristiano goce de obras de arte que son, muchas veces, tan anticristianas como insustituibles (cfr. pp. 76-77), debemos entender cómo se da en el arte la relación entre qué y cómo.

Deberíamos, en palabras de Inciarte, “intentar dilucidar un poco más la estructura de la relación entre entendimiento y corazón, forma y materia, en el quehacer artístico y en su recepción” (p. 78). Y a estos efectos sirve la reflexión que hace de la mano de la *Teoría de la expresión poética* de Bousño y del director de cine Tarkowskij. Sin embargo, la clave es que “en las obras de arte lo decisivo no es el contenido sino la forma” (p. 77). En definitiva, se trata de resolver el contenido en la forma, de realizar con ese contenido lo que se llamaría *aufheben* en terminología alemana. Un posible sinónimo más accesible de este tecnicismo es el verbo latino *tollere*. Es decir, se trata de eliminar el contenido y, a la vez, conservarlo en un plano superior. Como dice el autor, de lo que “se trata es de hacerse, por así decirlo, insensible al qué de tantos productos artísticos, incompatibles desde el punto de vista del contenido con la fe (...) y de centrar la atención en el cómo, en la forma, en el elemento propiamente artístico (...). Sin el cultivo de este elemento, (...) la humanidad del creyente fácilmente se empobrecería (...) y haría de la fe fácilmente su caricatura, una fe muerta (...)” (p. 62). Con otras palabras: insensibilizar el corazón a los contenidos anticristianos del arte para quedarnos con su forma, que es lo verdaderamente artístico.

Sin embargo, las preguntas que se plantea Inciarte van mucho más allá de una inquietud exclusivamente suya o de un método cristiano para abordar el arte anticristiano. Tampoco se trata de un canto a los textos sugerentes pero superficiales, porque él mismo reivindica el enorme valor del pensamiento racional y analítico (cfr. pp. 137-138). Es cierto que “en las obras de arte lo decisivo no es el contenido sino la forma (...)” (p. 77), pero el “qué” tiene valor en *Cultura y verdad*. Se entiende así que la reflexión sobre el concepto recorra toda la obra. Nuestro filósofo llega a decir que concepto y sensibilidad deben cultivarse “en mutuo entrelazamiento” (p. 126), porque el concepto sin sensibilidad se convierte en regla externa y la sensibilidad sin concepto deja de serlo (cfr. pp. 78-79). Quizá lo más aproximado a una respuesta sean estas palabras: “A los conceptos fundamentales de la metafísica se los capta sólo mediante analogías, y las analogías no tienen que ver con el qué sino con el cómo. En ellas, lo que prima no son conceptos sin más sino conceptos, en todo caso, modales” (p. 89). En definitiva, lo que está en juego es una pregunta más general, muy poética y de mucho calado: el valor cognitivo de la metáfora y la analogía.

La segunda parte, un ensayo filosófico más al uso, analiza parte de lo que llamamos “pensar categorial” para ir más allá de él, y acercarse al Fundamento. Al final, se dirime, a mi juicio, una de las cuestiones presentes en la discusión actual en lo que se refiere a la relación entre cultura y verdad. Esto se discute en el marco del proyecto moderno-ilustrado de la subjetividad. Fernando Inciarte considera que se trata de sobrepasar la “ilusión trascendental”, que es el Dios kantiano, de la mano de Schelling, quien pretende un “proceso catártico de purificación de la razón”, y así superar al Dios de Kant, para llegar al “Dios real”. Pero, según Inciarte, no accede al Dios Acto Puro (cfr. p. 308). Y es que en Schelling no cabe la analogía: su idealismo-panteísmo entiende que Dios y el mundo se coimplican. Para Inciarte, la analogía supone advertir que Dios está más allá del mundo. Solo así el ser humano puede reconocer la trascendencia. Este último reconocimiento nos ayuda, además, a apresarnos como humanos, especialmente en presencia de la muerte.

En conclusión, *Cultura y verdad* ofrece, a través de ensayos de diversa índole, claves importantes para repensar hoy la redención por la verdad.

Jerónimo Ayesta López. Universidad de Navarra  
jayesta@alumni.unav.es

---

LIMBERGER, VERONIKA

*Eriugenas Hypertheologie*, Walter de Gruyter, Berlin, 2015, 223 pp.

Veronika Limberger presenta en este libro a Juan Escoto Eriúgena como un filósofo cuyo pensamiento ha girado principalmente en torno a la pregunta *Quid est Deus*; cuestión que supera una tradicional “filosofía del lenguaje” para acceder a una “teología del lenguaje”: de este modo se muestra en las páginas centrales de la obra (cf. pp. 85-95). Esta última expresión permitirá comprender el sentido de una “hyperteología” en Eriúgena.

El filósofo irlandés es situado en su contexto histórico-doctrinal en el primer capítulo: se dedica un apartado al *Liber de diuina praedestinatione* y la controversia sobre la predestinación en la que intervino Juan Escoto. De ahí pasa a explicar lo que denomina el período helenístico del pensador del siglo IX, para pasar a destacar su papel como *translator Dionysii* y la consecuente influencia de todo el *Corpus areopagiticum*; señala asimismo el conocimiento particular de Gregorio de Nisa y Gregorio Nacianceno. La comprensión de la literatura patristica queda notablemente subrayada.

En el contexto aludido la autora se centra en lo que constituye el interés primero en la obra principal del Eriúgena, el *Periphyseon*; sin dejar de lado, para lo que concierne al interés del libro, la *Homilia* sobre el Prólogo de Juan y el Comentario (p. 19). El concepto filosófico-teológico del “Uno en todo”, que es a la vez el bien más alto (*summum bonum*) envuelve la especulación eriugeniana. A juicio de Limberger, estos escritos se construyen con elementos teológicos y místicos integrados en un discurso racional. Ese hecho explica que el esquema *moné, próodos, epistrofé* se presente como una clave